



A LA CONTRA

por DAVID BARBA



«Después de pasar 23 años en la cárcel, lo más difícil fue la libertad. El nervio óptico no respondía. Me daban mareos y vomitaba», dice

MARCOS ANA ■ POETA

«Descubrí el sexo a los cuarenta»

-¿Por qué lo encarcelaron?

-Tenía 16 años cuando empecé a luchar en la guerra y 19 cuando la perdí. Entré en la cárcel en 1939 con una condena a muerte y salí en 1961. ¡Pasé 23 años encerrado!

-¿Qué fue lo más duro? ¿La condena a muerte? ¿La tortura?

-Para mí, lo más difícil fue la libertad. El nervio óptico no respondía. Me daban mareos. Vomitaba al subirme a un coche... Mi vista tardó en acostumbrarse a los espacios abiertos.

-¿Cómo soportó un cautiverio tan largo?

-Gracias a mis sueños y a la poesía. Por las noches, en el duermevela, me concentraba en soñar praderas y en las caras de mis familiares. Mis sueños se llenaban con ellos.

-Sobrevivió de milagro.

-Al principio, sólo me ocupé de eso: de sobrevivir. El hambre era tal que nos comíamos hasta la hierba. Cada día veía morir a compañeros de cautiverio. Alguna vez llegué a entrar en las sacas para ser fusilado, pero salvé la vida.

-¿Cuándo mejoraron sus amargas condiciones?

-Después de la batalla de Stalingrado muchos carceleros casi venían

a disculparse con nosotros. Cuando comenzó la guerra fría se sintieron seguros de nuevo, pero la solidaridad internacional ya se había fijado en nosotros.

-Durante aquella larga condena se hizo poeta.

-La poesía nació en mí como un camino hacia la libertad. Sacaba mis poemas del penal pidiéndole a compañeros que los aprendieran de memoria. Cuando los liberaban, los escribían y publicaban en el extranjero. Pero, ¡ay!, años después encontré montones de lapsus entre mis versos.

-En todos aquellos años de cárcel, ¿conoció mujer?

-No. Descubrí el sexo a los cuarenta. Un amigo me llevó a un burdel y me dejó con una joven morena de ojos azules. Se llamaba Isabel. Yo le expliqué mi situación y ella me dijo que no me preocupara. Paseamos por todo Madrid como dos novios antes de subir a su habitación.

-¿La volvió a ver?

-Ella me devolvió el dinero para que regresara a buscarla. Pero yo no quise ensuciar esa hermosa noche y gasté todo en un enorme ramo de flores que le dejé en su pensión con una nota: «Para Isabel, mi primer amor».

-¿Y después?

-Salí de España, di conferencias en medio mundo, me enamoré muchas

veces... Las mujeres se enternecían con mi sufrimiento. Como ex preso político, supongo que tenía cierta aureola de héroe.

-¡Pillín, pillín...

-Mi aprendizaje fue entre temblores, pero eso también es una bonita manera de vivir una iniciación al sexo y al amor. Tuve hijos, gocé de la vida... Superé mi sufrimiento.

-¿Cómo gestiona su rencor?

-No tengo. Jamás he promovido la venganza. Siempre he llamado a la reconciliación. Ni siquiera las torturas me hicieron cambiar de opinión.

-Pues tenía ración diaria.

-No puedo entender ni tolerar el odio ni la venganza. Una vez recibí una paliza en comisaría: me la dio un hombre de lo más corriente que venía de vez en cuando a desahogarse con los presos. El guardia me explicó que era un superviviente de Paracuellos. ¡Esa sed de venganza casi acabó con España!

-¿Cree que la ley de memoria histórica le resarcirá?

-Tal como está planteada, no es suficiente y quizá acabe siendo una humillación más de tantas como recibimos los perdedores. Antes de una ley descafeinada, ¡prefiero que no hagan nada!

En 20 líneas

«Decidme cómo es un árbol» (Umbriel) es la esperada autobiografía del heterodoxo Marcos Ana: un poeta alegre y generoso que llamó a la reconciliación nacional desde las primeras horas de su cautiverio. Hoy, a los 87 años, nos regala su memoria en un libro duro y delicioso

donde se sincera sobre su iniciación sexual tardía tanto como sobre su lucha por la libertad y la democracia. Ahora que los nietos de los que hicieron la guerra aún cargamos con el equipaje de odio que nos legaron nuestros abuelos, Marcos Ana es un soplo de aire fresco.